

## EL MEDICO Y EL INVESTIGADOR CLINICO

Muchos estudiantes valiosos se debaten, ya al final de su carrera, entre la disyuntiva de ser médicos o investigadores. Esto, que aparentemente envuelve un contrasentido, se hace real por la tergiversación de cosas que siempre fueron absolutamente claras. Modernamente, algunos pretenden partir en dos las aspiraciones de muchos estudiosos. Se les dice: o son médicos o son investigadores científicos. Los híbridos de una y otra cosa, son mediocres incapaces de brillar en ninguno de los dos campos.

Eso es un concepto completamente absurdo, como es falso profeta quien lo sostiene como invencible banderola.

La verdad es precisamente lo contrario. Todos los grandes investigadores clínicos fueron antes grandes médicos. Verdaderos artistas de su profesión, dotados de inteligencia y sensibilidad humana especial.

Nuestras universidades, nuestra época, conmovida justamente por lo social y lo práctico, no pueden dedicarse a fabricar en serie hombres de laboratorio. Médicos teóricos, fríos, que no ven pacientes ni sienten al enfermo. El investigador clínico debe ser primero hombre cabal, luego médico estudioso lleno de curiosidad científica y, finalmente, investigador clínico.

No solo es bueno y necesario, sino absolutamente indispensable, para todo aquel que aspire a convertirse en un investigador clínico que merezca ese nombre, graduarse de médico práctico en la lucha contra la enfermedad; conocer de cerca al que padece y, de los problemas que saque de esa lucha constante, hacer el estandarte que lo lleve a la investigación de problemas verdaderos. De problemas que aportarán soluciones al hombre enfermo. Nuestros médicos recién egresados no deberán perder el tiempo estudiando tonterías científicas, cuando pueden dedicarlo a solucionar asuntos vitales.

La investigación pura es otra cosa. No queremos discutirle a nadie el derecho que tiene a estudiar la estructura o la composición química de las alas de mariposa. Ni negamos ni regateamos a nadie la posibilidad de llegar a un premio mundial por ese camino. Pero esa no es la investigación científica que nosotros preconizamos. Nuestros países latinoamericanos, generalmente algo rezagados en algunos aspectos científicos, no deben ni pueden gastar las escasas energías que tienen en hacer florituras científicas que cuestan tiempo y dinero.

Nuestro camino, por tanto, es el de la investigación clínica. El de la investigación que busca resultados prácticos de inmediata utilización en el paciente. Y, en este caso concreto, el médico que no es práctico, está completamente desarmado. Convertido en un hombre de laboratorio que no sabe nunca qué debe investigar, esperando siempre que le digan en qué sentido orientar la investigación, pasará su vida afanosamente dedicado a nimiedades, que no tendrán ninguna trascendencia práctica, porque habrán partido de elucubraciones abstractas generalmente divorciadas de la realidad.

Hablando como hablamos, de investigación clínica, nuestras universidades deberán graduar médicos generales bien preparados. Médicos que se harán mejores practicando honestamente su profesión. Y que si tienen suficiente inteligencia y curiosidad científica y tenacidad, se convertirán en magníficos investigadores clínicos.

La investigación pura puede llegar, pero finalmente, como lógica etapa de superación. Cuando el médico práctico se curte como investigador clínico, tiene listo el camino para investigador puro. Pero los investigadores puros prefabricados, como todo especialista prefabricado, son casi siempre abortos. Son investigadores desorientados en su mayoría. Gigantes teóricos con pies de barro, porque les falta la base práctica.

Así como todo especialista, para ser un verdadero especialista, debe tener previamente grandes conocimientos generales, teóricos y prácticos, todo investigador especializado debe tener conocimientos generales de investigación científica y sentido de la realidad. Es lo que nos decía un maestro muy querido y recordado: «el especialista precoz conoce muy bien el árbol; pero si lo mueven de allí, se perderá en el bosque».

Además de la necesidad que tienen nuestras universidades de formar primordialmente investigadores clínicos, hay otra faceta importante que considerar.

¿El investigador debe ser solamente, exclusivamente, investigador?. Pedirle a un médico recién graduado que no ejerza su profesión, después de unos estudios que tanta vocación, esfuerzo y sufrimiento exigen, para dedicarse únicamente a investigador de laboratorio, es un abuso injustificable. A fin de cuentas, muchos renunciarían a todo, inclusive a ser investigadores científicos, antes que perder un ápice del derecho a ejercer la profesión de médico. Por algo decía Paracelso: «Charlar, hablar melosamente, comentar, oficios son de la boca; pero ayudar, ser útil, abrir el espíritu, es cosa del corazón. En el corazón se hace el médico; viene de Dios, de la luz natural, de la experiencia. Donde se busque amor del corazón, en parte alguna se hallará mayor que en el médico».

En un estudio sobre la orientación de la investigación científica universitaria, el actual Rector de la Universidad Central de Venezuela, acertadamente llega a la conclusión de la conveniencia de la unión de investigación y docencia, como solución ideal para nuestras aspiraciones de superación.

En nuestro medio universitario latino, y en cualquier medio universitario del mundo, lo ideal es el investigador clínico que hace docencia. Es el médico que conoce los aspectos prácticos de su profesión porque la ejerce a cabalidad, que de sus casos saca problemas reales e importantes, y que enseña a sus alumnos (futuros investigadores clínicos) la manera de enfrentarse a los problemas y de resolverlos científicamente.

Ese es el investigador clínico del pasado, creador de casi todos los grandes adelantos de la medicina. Así fueron Osler (estudió la angina de pecho, el cáncer del estómago, tumores abdominales, corea, endocarditis, eritemia), Babinski, Carrel, Einthoven, Jenner, Trousseau, Addison, Vesalio, Bouillaud, Servet, Finlay, Charcot, Laverán, Harvey, Falopio, Ross, Cushing, Bernard, Eustaquio, Sherrington, Bernheim, Adler, Bright, Rorschach, Banti, Jung, Brown Séquard, Henle, Bichat, Koch, Broca, Funk, Ehrlich, Sydenhan, Laennec.

Así fueron estos hombres geniales. Y así serán, prácticos ante todo, investigadores clínicos, quienes merezcan arrancarle los velos que le quedan a la medicina del futuro.

A. N.

JEAN ROSTAND

En este número insertamos algunas de las reflexiones del científico francés Jean Rostand («Pensamientos de un Biólogo»). Célebre por sus trabajos sobre genética y partenogénesis, este biólogo materialista, cuando se queda solo con sus razonamientos, se plantea interrogantes que lo llevan al terreno de lo que pudiéramos llamar biología filosófica o filosofía biológica.

---

«Quiérase o no, y sea cual fuere el idealismo que se profese, el edificio del amor humano, con todo lo que esta palabra implica de bestialidad, de sublimación, de furor y de sacrificio, con todo lo que significa de ligero, de conmovedor o de terrible, está constituido sobre nimias diferencias moleculares de algunos derivados del fenantreno. ¿Es esto para despoetizar el amor?. ¿O es para poetizar la química?»

«Muchas personas habrían sabido odiar, aun cuando nunca hubieran oído hablar del odio».

«No hay crimen más grande para el espíritu que atribuir mala fe a la verdad».

«No se desea entregarse al odio ni por todas las verdades».

«Muy poco me hubiera bastado, si ello hubiera sido puro».

J. R.